

cerse á los rigores de la muerte mas cruel? ¿Cuántos ancianos agobiados ya con el peso de sus cuerpos, sintieron renovarse su juventud como la de la águila en medio de los tormentos de un grande martirio? Es verdad que sois flacos; pero esta misma flaqueza es gloria para la fe y religion de Jesucristo, por eso mismo os escogió el Señor, para dar á conocer cuánto mas fuerte es la gracia que la naturaleza; y si hubiérais nacido con mayor fortaleza, no resultara tanto honor al poder de la gracia; entonces se atribuyera al hombre una paciencia que debe ser don de Dios, y así, cuanto mayor es vuestra flaqueza, tanto mas á propósito sois para servir de instrumento á los fieles y á la gloria de Dios. Siempre que Su Majestad ha querido cargar su mano sobre las criaturas, ha escogido personas débiles y flacas, para que el hombre nada piense atribuirse á sí y para confundir con el ejemplo de su firmeza la vana constancia de los sábios y filósofos; sus discípulos eran unos tiernos corderos cuando los envió al mundo y los expuso en medio de los lobos. Las Ineses, las Lucías, las Cecilias, glorificaban á Dios y á su doctrina en medio de su flaqueza ayudadas de la gracia. Estos son aquellos vasos de tierra que el Señor gusta de romper, como los de Gedeon, para que en ellos resplandezca con mayor magnificencia la luz y el poder de la fe; y si penetrais los fines de su misericordia y sabiduría, vuestra flaqueza, que á vuestro parecer justifica vuestras murmuraciones, seria el mas suave consuelo de vuestros trabajos.

Señor, le diríais sin cesar, yo no os pido aquellos vanos pensamientos que hallan todo el consuelo de sus penas en la gloria de sufrir con constancia; no os pido aquella insensibilidad de corazon que ó no siente los males ó los desprecia; conservadme, Señor, aquella razon tímida y débil,

aquel corazon tierno y sensible que tan desproporcionado parece para sufrir las tribulaciones y los trabajos; aumentad solamente vuestros consuelos y vuestras gracias; cuanto mas débil parezca á la vista de los hombres, mayor os pareceré en mi flaqueza, tanto mas admirarán los hijos del siglo el poder de la fe, la que sola puede levantar á las almas mas débiles y tímidas hasta el grado de constancia y firmeza á que nunca pudo llegar toda la filosofía y sacar su fortaleza de su misma debilidad. Este el primer pretexto, sacado de la flaqueza del hombre; vamos á descubrir la ilusion del segundo, que se saca del sexo y carácter de las mismas aficciones.

PARTE SEGUNDA.

No hay cosa mas comun entre las personas á quienes Dios aflige, que el justificar sus quejas y murmuraciones con el exceso y calidad de sus mismas penas; queremos siempre que nuestras cruces no se parezcan á las de los otros, y temiendo que el ejemplo de su fortaleza y de su fe nos condene, buscamos pretextos en nuestras desgracias para justificar nuestras disposiciones y nuestra conducta; nos persuadimos á que podriamos llevar con resignacion una cruz que fuese de otra naturaleza, pero que el carácter de aquella con que el Señor nos aflige no admite consuelo; que cuanto mas examinamos lo que sucede entre los hombres, tanto mas singular es nuestra desgracia, y que no hay situacion que se parezca á la nuestra; que es difícil conservar la paciencia y tranquilidad en un estado en que parece que la casualidad ha juntado solamente para nosotros mil circunstancias de afliccion, que nunca parece pudieron hallarse en otros.

Pero para quitar al amor propio una defensa tan débil y tan indigna de la fe, pudiera responder primeramente que cuanto mas extraordinarias nos parecen nuestras aficciones, menos debemos creer que son disposiciones de la casualidad, antes bien debemos contemplar en ellas los impenetrables decretos de un Dios singularmente cuidadoso de nuestra suerte; debemos presumir que debajo de unos sucesos tan nuevos, oculta sin duda nuevos fines y singulares designios de misericordia para con nuestra alma; debemos decirnos á nosotros mismos, que no nos quiere dejar perecer con la multitud, que es el partido de los réprobos, pues nos guia por caminos tan singulares y tan poco conocidos. Esta singularidad de desgracias debe ser á los ojos de nuestra fe una distincion que nos consuele; el Señor siempre lleva á los suyos, tanto en materias de afliccion como en las demás, por caminos nuevos y extraordinarios. Mirad qué sucesos tan tristes y singulares los de la vida de Noé, de Loth, de José, de Moisés y de Job. Registrad de siglo en siglo la historia de los justos, y hallareis siempre en las contradicciones que experimentaron una singularidad tan extraordinaria, que en las edades siguientes llegaron algunos á tenerla por increíble, y así cuanto menos se parezcan vuestras aficciones á las de los demás hombres, tanto mas debeis mirarlas como aficciones propias de los escogidos de Dios; están señaladas con el carácter de los justos y tienen parte en la tradicion de las calamidades singulares que componen su historia desde el principio de los siglos. Las batallas perdidas aun cuando nos parecia estar asegurados de la victoria, las plazas inconquistables rendidas al enemigo con solo presentarse delante de ellas, los Estados y provincias que nos han ganado, un reino el mas floreciente de la Europa afligido con todas las plagas que Dios en su

furor puede derramar sobre sus pueblos, la corte llena de luto, toda la estirpe real casi aniquilada; esto es, señor, lo que Dios por su misericordia reservaba para vuestra piedad y las singulares desgracias que os preparaba para purificar las prosperidades del reinado mas feliz de que hay memoria en las historias; los sucesos felices y extraordinarios que han acompañado vuestra vida, os han hecho el mayor rey que la monarquía y aun las demás naciones vieron jamás sobre el trono; lo singular de los desgraciados sucesos con que Dios os aflige, están destinados por la sumision y cristiana constancia con que os los vemos sufrir, á haceros tan gran santo como habeis sido gran rey. Todo debia ser singular en vuestro reinado, las prosperidades y las desgracias, para que nada faltase á vuestra gloria para con los hombres y á vuestra piedad para con Dios. Este es el grande ejemplar que su misericordia preparaba á nuestro siglo.

Y este es al mismo tiempo, católicos, con el que quiero instruiros y confundiros. Os quejais de lo excesivo de vuestras desgracias y trabajos; pero mirad al que es mas que vosotros, y considerad si el vasallo tendrá excusa en murmurar y quejarse, cuando el señor, que no padece menos, está conforme y tranquilo; cuanto Dios mas os aflige, tanto mas os ama, tanto mas cuida de vosotros. Otras desgracias mas regulares os hubieran acaso parecido efectos de causas puramente naturales, y aunque la Divina Providencia gobierna todos los sucesos, acaso hubiérais creido que el Señor no os miraba con particular atencion, pues solo os enviaba algunas aficciones que todos los dias suceden á los demás hombres; pero en la triste y singular situacion en que os pone, no podeis menos de conocer que os mira con singular cuidado y que sois particular objeto de los fines de su misericordia.

¿Qué cosa, pues, puede haber que mas nos consuele en nuestros trabajos? Dios me mira, cuenta mis suspiros, pesa mis aficciones, ve correr mis lágrimas, las recibe para mi eterna santificacion; desde que extendió sobre mí su mano de un modo tan singular y que parece no haberme dejado alivio acá en la tierra, empiezo á ser un espectáculo mas digno de su atencion y cuidado. ¡Ah! si yo gozara de un estado mas feliz y tranquilo, no me miraria con tanto cuidado, se olvidaria de mí y estaria confundido en su presencia con los demás que viven felices en la tierra. ¡Dichosos trabajos que privándome de todos los humanos socorros, me dan á mi Dios y hacen que él sea el único recurso en mis penas! ¡Dichosos trabajos que haciéndome olvidar de las criaturas, son motivo de que yo sea el continuo objeto de la memoria y de las misericordias de mi Señor!

Pudiera responderos, en segundo lugar, que las calamidades comunes y leves solo despertarian nuestra fe por un momento, y prontamente hallariamos en las cosas que nos cercan mil alivios, que nos harian olvidar esta ligera desgracia: los deleites, los consuelos humanos, los sucesos nuevos que sin cesar ofrece á nuestros ojos la figura del mundo, calmarian muy presto nuestra tristeza y nos volverian el gusto del mundo y de sus vanos placeres; nuestro corazon, que siempre se conforma con todos los objetos que le deleitan, se cansaria muy presto de su dolor y de sus suspiros; pero el Señor, enviándonos trabajos, en los que solamente la religion puede servirnos de alivio, ha querido cercarnos todos los caminos por donde pudiéramos volvernos hácia el mundo; ha querido poner entre nosotros y nuestra flaqueza una barrera que no pueda ser vencida ni del tiempo ni de los acontecimientos; ha querido remediar nuestra

inconstancia, haciendo que nos sean necesarias algunas precauciones que acaso no siempre nos hubieran parecido igualmente útiles; leia en el carácter de nuestro corazon que la fidelidad que observábamos en huir de los peligros del mundo, no duraria mas de lo que durase nuestra tristeza; que en el mismo instante en que nos hallásemos consolados, nos veria mudados; que olvidándonos de nuestros pesares, olvidariamos tambien nuestras santas resoluciones, y que con unas aficciones leves hubiéramos sido justos por poco tiempo; establece, pues, la duracion de nuestra piedad sobre la de nuestras penas, nos envia trabajos permanentes y constantes, como prendas de la constancia de nuestra fe, y temiendo el que entregándonos nuestra alma se la volviésemos á dar al mundo, quiso ponerla en seguridad, uniéndola para siempre al pié de la cruz. Bien conocemos nosotros mismos la necesidad que teniamos de un gran golpe para despertar de nuestro letargo; que las aficciones leves con que el Señor nos habia visitado hasta entonces, no habian sido para nosotros mas que unas lecciones débiles é ineficaces, y que apenas nos habia herido, cuando ya nos habiamos olvidado de la mano que nos habia hecho una tan saludable llaga. ¡Pues de qué he de quejarme, oh Dios mio! El exceso que hallo en mis penas es el exceso de vuestras misericordias; bien conozco, Señor, que cuanto menos perdonais al enfermo, tanto mas adelantais la curacion de sus males, y el que rigor de vuestros golpes es la mayor utilidad y seguridad de nuestras penas: en adelante, Señor, será mi mayor consuelo en el trabajo estado en que me ha puesto vuestra Providencia, el pensar que á lo menos no me contemplareis, que proporcionareis vuestros rigores y vuestros remedios á mis necesidades y no á mis deseos, y que atendereis mas á la seguri-

dad de mi salvacion que á la injusticia de mis quejas: *Et hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat.*¹

Tambien pudiera responderos: vosotros los que os quejais del exceso de vuestras penas, entrad en juicio con el Señor, poned en un peso, á un lado vuestros delitos y á otro vuestras aflicciones; cotejad el rigor de sus castigos con la gravedad de vuestras ofensas; comparad lo que sufrís con lo que merecis padecer; ved si vuestros trabajos igualan á los infames deleites de que habeis gozado; si lo vivo y dilatado de vuestros dolores corresponde á vuestras profanas liviandades; si el estado de afliccion en que vivís iguala á la licencia y desórden de vuestras primeras costumbres; si la privacion de las criaturas que padeceis, repara el injusto uso que de ellas hicisteis en otro tiempo, y si vuestras penas exceden á vuestras iniquidades, entonces podreis quejaros del Señor: juzgais de vuestros trabajos por vuestras inclinaciones, pero habeis de juzgar de ellos por vuestros delitos. ¿Por ventura no hubo en todo el tiempo de vuestra vida mundana algun instante en el que fuéreis víctima de una eterna desgracia? Pues ¿por qué murmurais contra la bondad de un Dios que quiere conmutar aquellas eternas llamas que tantas veces habeis merecido, en algunas penas transitorias, en las que aun los mismos consuelos de la fe os ofrecen tantos alivios?

¡Qué injusticia! ¡qué ingratitud! Guárdate, alma fiel, de que el Señor te oiga en su indignacion; guárdate de que castigue tus pasiones ofreciéndote acá en la tierra lo que las favorece; de que te halie indigna en su presencia de estas aflicciones temporales, de que te reserve para el tiem-

1. Job. 6. v. 10.

po de su justicia y de sus venganzas, y de que te trate como á aquellas desgraciadas víctimas, á las que solo se adorna de flores, solo se las cuida, solo se las engorda, porque están destinadas al sacrificio, y porque el cuchillo con que han de ser degolladas y la hoguera en que han de ser consumidas están ya sobre el altar; el Señor es tan terrible en sus dones como en su indignacion, y supuesto que es preciso que sean castigados los delitos ó con suplicios transitorios acá en la tierra ó con eternos dolores en la otra vida, nada debe atemorizar tanto, si se mira con los ojos de la fe, como el ser pecador y vivir feliz en la tierra.

¡Gran Dios! suplicoos sea este para mí el tiempo de vuestras venganzas; y pues es imposible el que mis delitos queden sin castigo, daos prisa, Señor, á satisfacer vuestra justicia; cuanto mas me perdoneis acá en la tierra, tanto mas me parecereis un Dios terrible, que no quiere perdonarme á costa de estos transitorios trabajos, y que vuestra indignacion no quiere aplacarse sino con mi eterna desgracia; no oigais, Señor, los gritos de mi dolor y las quejas de un corazon corrompido que no conoce sus verdaderos intereses; yo desapruero, Señor, estos suspiros demasiado humanos que me arranca todos los dias la tristeza de mi estado; desapruero estas carnales lágrimas, que tantas veces me hace derramar la afliccion en vuestra presencia; no escuchéis las súplicas que os he hecho hasta ahora para alcanzar el fin de mis trabajos, antes bien acabad de vengaros acá en la tierra; no reserveis nada para aquella eternidad terrible, en que vuestros castigos serán sin fin y sin medida: alentad, os suplico, mi flaqueza, y al mismo tiempo que llenais mi vida de amarguras, derramad en ella las gracias que consuelan, y cuya suavidad es mayor que la pena de un corazon afligido.

A todas estas verdades, que de tanto consuelo son para una alma afigida, podria añadir, católicos, que el parecer-nos excesivas nuestras penas consiste en el exceso de la corrupcion de nuestros corazones; que la viveza de nuestras pasiones es la que forma la de nuestros trabajos; que el sernos tan sensibles nuestras pérdidas, consiste en el demasiado apego que tenemos á los objetos que se pierden; que la viveza de la aficcion consiste en el excesivo afecto con que se amaban, y que el exceso de nuestros trabajos es siempre la pena del exceso de nuestros injustos amores. Podria añadir que aumentamos siempre todo cuanto es propio nuestro; que aun esta idea que formamos de lo singular de nuestras desgracias, al mismo tiempo que autoriza nuestras murmuraciones lisonjea nuestra vanidad; que nunca queremos parecer-nos á los demás; que hallamos un cierto gusto secreto en persuadirnos que somos solos en nuestra especie; quisiéramos que todos los hombres solamente atendiesen á nuestros infortunios, como si fuéramos los únicos desgraciados en la tierra. Sí, católicos; nada nos parecen los ajenos males, no advertimos que cuantos nos rodean son mas desgraciados que nosotros, que nuestras aficciones tienen mil consuelos que faltan á otros muchos; que en las enfermedades habituales hallamos en la abundancia de bienes y en el número de personas que cuidan de nuestra asistencia, mil consuelos que están negados á otros infelices; que en la pérdida de una persona á quien amábamos, nos quedan, en el estado en que nos ha puesto la divina Providencia, mil alivios que pueden suavizar esta amargura; que en las disensiones domésticas hallamos en la amistad y confianza de nuestros amigos los consuelos que no podriamos hallar entre nuestros parientes; que en el caso de una preferencia injusta, la estimacion del público

nos venga de la injusticia de nuestros jefes. Finalmente, hallamos mil alivios humanos para nuestras desgracias; y si se pusieran en un peso nuestros consuelos y en otro nuestras penas, veriamos que aun nos quedan en nuestro estado mas alivios capaces de corrompernos, que cruces propias para santificarnos.

Y así, católicos, casi solamente los grandes y felices del mundo son los que se quejan del exceso de sus desgracias y trabajos; los infelices, que nacen y viven en la miseria é infelicidad, pasan en el silencio y casi en el olvido de sus penas, sus desgraciados dias; el mas pequeño vislumbre de alivio y descanso les vuelve la serenidad y la alegría; los mas leves consuelos que hallan en sus penas hacen que las olviden, y un instante de contento los alivia de un año entero de aficciones; cuando al mismo tiempo vemos á las almas felices y sensuales, que en medio de su abundancia cuentan por una desgracia inaudita la sola contradiccion á uno de sus deseos; que el fastidio y demasiada abundancia de deleites las martiriza, y hallan en algunos males imaginarios el motivo de mil pesares verdaderos; que sienten con mas viveza el dolor de haberles faltado un puesto, que el gusto de todos los que ocupan; finalmente, que miran todo lo que puede turbar su felicidad sensual, por poco que sea, como la mayor de las desgracias.

Sí, católicos, los grandes y poderosos son los únicos que se quejan; siempre creen ser ellos solos los infelices, nunca hallan bastantes consoladores, y al menor contratiempo ven alrededor de sí, no solamente todos aquellos amigos mundanos que les granjea su puesto y su fortuna, sino tambien á los piadosos y doctos ministros, venerados de la pública estimacion, cuyos santos consejos serian mejor empleados con otros muchos infelices, á quienes faltan todos los